

Este parece fué el pensamiento de los antiguos cuando fingieron que Pluto, deidad infernal, fué el primer descubridor de las minas de oro y plata. A lo cual, si añadimos que Posidonio, citado por Paseracio, dice, que este dios infernal tiene constituido su domicilio en los lugares subterráneos de España, se encuentra una alusión ajustadísima al supuesto hecho de que sólo en España hay esta casta de hombres, que en virtud de influjo diabólico descubren las minas.

Pero valga la verdad. Primero se ha de probar el hecho de que hay verdaderos zahoríes, que se condenan por hechiceros los que se jactan de serlo. Pueden ser zahoríes, y pueden ser unos meros embusteros; y como, suponiendo que para lo primero sea necesario pacto diabólico, este es un delito mucho más grave que la patraña de fingirse zahoríes sin serlo, nos debemos inclinarnos á creer antes esto que aquello, por la regla del derecho que dicta, que en las materias dudosas se aplique siempre el juicio á la parte más benigna: *Semper in dubiis benigniora preferenda sunt.*

A esta razon de equidad natural se agrega la de la

experiencia. No tengo noticia de alguno que efectivamente haya descubierto tesoros; pero si de uno ú otro que estafaron á algunos simples codiciosos, esperanzándolos de que se los manifestarian, y dejándolos despues burlados.

Para engañar en esta materia á gente demasiado crédula, no es menester más artificio que el comun de cualquiera tunante: gesto eficaz y misterioso, ir dando á pausas la noticia, como que la arranca la fuerza del ruego; encargar mucho sigilo, etc. Pero cuando se trata con personas de alguna advertencia, contribuye á la persuasión hacer primero la experiencia de manifestar á donde hay cauces de agua ocultos, los cuales se conocen por algunas señas naturales, como por los vapores que se ven elevar del terreno ántes de salir el sol, la produccion espontánea de juncos, sauces y cañas. Tambien para conocer donde hay venas metálicas dan los naturalistas algunas señas, de las cuales, si son verdaderas, el que estuviere instruido podrá pasar por zahorí por mar y por tierra.

MILAGROS SUPUESTOS.

§ I.

Amargamente se queja el doctísimo y gloriosísimo mártir de Cristo Tomas Moro, en el prólogo al diálogo de Luciano, intitulado *El incrédulo*, que tradujo de griego en latin, del perjuicio que la fabulosa multiplicacion de milagros hace á la Iglesia. Justísimamente llora lo que el infiel malignamente rie. Los milagros verdaderos son la más fuerte comprobacion de la verdad de nuestra santa fe; pero los milagros fingidos sirven de pretexto á los infieles para no creer los verdaderos. Los que entre ellos son más sagaces tienen justificada la suposicion de algunos prodigios que corren entre nosotros; con esto hacen creer al pueblo rudo, que cuanto se dice de milagros en la Iglesia católica es embuste y falsedad. Así la obstinacion se aumenta, el error triunfa y la verdad padece.

En la ciudad de la Coruña no há muchos años corrieron en el pueblo, y aún se predicaron en el púlpito, dos milagros, de cuya falsedad, ademas de muchos de los nuestros, fué testigo ocular Guillelmo Salter, inglés, y cónsul entónces por su nacion en aquel puerto. El uno era la cura milagrosa de una pobre mujer, que no habia sido milagrosa, sino natural y muy fácil, y la habia costado en la forma regular, con médico y cirujano, el mismo Guillelmo Salter. La otra ficcion aún era más ruborosa para nosotros, porque para suponer el milagro se le imponia al Salter una fea falsedad en el trato, de que era su genio muy ajeno. Cónstame este hecho por la relacion de un religioso grave, docto y ejemplar, natural del mismo lugar de la Coruña. Guillelmo Salter volvió despues á Inglaterra. Considerese qué concepto

(1) De Civit. Dei, libro. xxii, capítulo viii.

bien despues que cree. Pero entre los católicos es tan raro en esta materia el obstinado disenso, como frecuente la vana credulidad. Si fuesen verdaderos todos los milagros que corren en el vulgo, justamente pudiera ser notada de pródiga la Omnipotencia. Ni se queda esta extravagancia sólo en los vulgares; tambien se ha comunicado, por via de contagio, á los doctos. Fervorosamente declama el ilustrísimo y sapientísimo Melchor Cano (1) contra las muchas fábulas que se hallan en varios libros de vidas de santos. Suyo es aquel ardiente suspiro: *Dolentur hoc dico, potius quam contumeliosè, multo à Laercio severius vitas philosophorum scriptas, quam à christianis vitas sanctorum: longèque incorruptius et integrius Suetonium res Cæsarum exposuisset, quam exposuerunt catholici, non res dico imperatorum, sed martirum, virginum et confessorum.*

En todos tiempos hubo algo de este abuso en la Iglesia. En su mismo nacimiento se vieron las actas apócrifas de san Pablo y santa Tecla; y segun refiere Tertuliano, fué depuesto un presbítero de la Asia que confesó haberlas compuesto por el amor grande que profesaba al Apóstol. Ojalá hoy se aplicara la misma ó igual pena á cualquiera escritor que delinquiese con devocion tan desordenada. La precaucion que en el segundo y tercer siglo se tomó, de señalar notarios que escribiesen puras y sinceras las actas de los mártires, no bastó á evitar el abuso; pues en el quinto proscribió el papa Gelasio, en un concilio que juntó en Roma, de setenta obispos, muchas historias de santos por apócrifas.

§ II.

No es inconveniente pensar que algunas veces influyen en los que escriben las vidas de los héroes del cielo las pasiones mismas de que suelen moverse los que publican las gloriosas acciones de los ilustres del siglo. Ya un amor desordenado, producido por parcialidad nacional ú otro algun parentesco; ya el interes de hacer historia más bien leida, poniendo cebo á la curiosidad en lo prodigioso de la narracion; ya el deseo de sacar brillante el escrito con la reflexion de las falsas luces que se añaden al objeto.

No há muchos siglos que en cierta provincia de la cristiandad predicaba un venerable varon y de espíritu verdaderamente apostólico, pero de quien en vida no se decía cosa especial acerca de profecías y milagros. Luégo que murió aquel santo hombre, uno de los que habian asistido á sus misiones dió á la estampa su vida, llena de predicciones y prodigios, sin más exámen auténtico que el que bastó á satisfacer su piedad poco ordenada; y lo que es más, circunstanciados los sucesos con la designacion de lugares y personas. Cualquiera que en los siglos venideros leyere aquellas actas, considerando que el autor fué coetáneo de este hombre venerable, y que escribió dentro de la misma provincia, que fué teatro de su predicacion, no dudará darlas entero crédito. ¿Quién pensará que hubo audacia en un escritor para referir innumerables prodigios delante de millares de testigos, que podian darle ó con la falsedad

(1) Libro ii, De locis theologicis, capítulo vi.

ó con la incertidumbre en los ojos? Sin embargo, él lo hizo, ó por el afecto ciego que profesaba á aquel varon apostólico, ó por dejar su nombre en el mundo

§ III.

Pero el más comun origen de estas narraciones fabulosas es el vano aprecio que hacen los escritores de cualesquiera rumores vulgares. Defecto es este, que el ilustrísimo Cano, en el lugar citado, observó haber caído tal vez en sugetos, no sólo de santidad notoria, mas tambien de eminente doctrina; pero, así como es rarísimo en hombres de este tamaño, es frecuente en los de inferior estatura. Cree el docto lo que finge el vulgo, y despues el vulgo cree lo que el docto escribe: hacen las noticias viciadas en el cuerpo político una circulacion semejante á la que forman los humores viciosos en el cuerpo humano; pues como en este, á la cabeza, que es trono de la razon, se los subministra en vapores el vulgo inferior de los demas miembros, y despues á los demas miembros, para su daño, se los comunica condensados la cabeza; así en aquellas especies vagas, vapores de la ínfima plebe, ascienden á los doctos, que son la cabeza del cuerpo civil, y cuajándose allí en un escrito, bajan despues autorizadas al vulgo, donde este recibe como doctrina ajena el error que fué parto suyo.

Es el vulgo, hablando con propiedad, patria de las quimeras. No hay monstruo que en el caos confuso de sus ideas no halle semilla para nacer y alimento para durar. El sueño de un individuo fácilmente se hace delirio de toda una region. Sobre el eco de una voz mal entendida se fabrica en breve tiempo una historia portentosa. Halágale, no lo verdadero, sino lo admirable; y llegó tal vez su propension á creer prodigios á la extravagancia de atribuir milagros á los irracionales. Referiré á este intento una historia harto graciosa, que se halla en las Memorias de Trevoux (2).

Un señor francés, natural del condado de Auverna, en tiempo de Ludovico Pio, habia salido á caza, dejando en casa un infante, único hijo suyo, al cuidado de la ama que le daba leche y de otras dos ó tres mujeres. Estas, aprovechándose de la ausencia del amo, salieron á pasear, quedando el niño sin otra custodia que un valiente perro, llamado Ganelon, echado junto á la cuna. Ya se habian apartado de la casa buen trecho, cuando los terribles aullidos que oyeron dar á Ganelon las hicieron volver sollicitas por saber qué accidente irritaba la cólera del generoso bruto. Fué el caso, que una espantosa serpiente, saliendo de un lago que ceñia el edificio, á la ayuda de una anciana yedra que llegaba á los balcones, habia subido á la sala donde estaba el tierno infante; y acudiendo á su defensa Ganelon, la lid fué tan reñida como la de Juba y Petreyo, que quedaron ambos muertos en el combate. En efecto, las mujeres, cuando llegaron, hallaron tendidos sobre el pavimento, palpitando con las últimas agonías, mutuamente vencedores y vencidos, los dos brutos. Sabidor el dueño del suceso, y reconocido al servicio que el perro le habia hecho en guardarle su más preciosa

(2) Año 1714, tomo i, artículo 24.

alhaja, hizo labrar un vistoso sepulcro junto á una fuente, donde enterró su cadáver.

Esta historia, aunque entendida entónces de toda la provincia, en el discurso de uno ó dos siglos se fué olvidando de modo, que sólo quedó la noticia de ser aquel el sepulcro de Ganelon, sin saber quién fuese Ganelon, ni en individuo ni en especie. La experiencia ó la imaginacion de algunos empezó á acreditar de saludables para algunas enfermedades las aguas de la fuente vecina al sepulcro. No fué menester más para aprender el vulgo milagrosa aquella virtud, infiriendo al mismo tiempo, que el sepulcro que se decía de Ganelon, lo era de un hombre santo que habia tenido este nombre, y por cuyos méritos Dios habia comunicado aquella sobrenatural virtud á la vecina fuente. Fortificada esta imaginacion con el comun asenso, se levantó en el mismo lugar una capilla con la advocacion de san Ganelon, donde por mucho tiempo acudieron los pueblos vecinos con votos y ofrendas á implorar socorro á sus necesidades; hasta que un sabio y celoso obispo, empeñándose, como debia, en averiguar el origen de esta devocion, despues de mucho trabajo, al fin halló la historia que acabamos de referir en un antiguo papel, que se conservaba en el archivo del palacio, que habia sido teatro del combate entre el perro y la serpiente.

§ IV.

Rara vez, yo lo confieso, llevará á tan peligrosos precipicios la ligereza del vulgo en soñar milagros; pero siempre tiene el gravísimo inconveniente de desautorizarse el menor número de los verdaderos con la inmensa multitud de los fingidos. Por esto me parece harian un considerable servicio á Dios y su Iglesia los preladados eclesiásticos, ocurriendo con fervoroso celo á este abuso; y áun cuando constase que de intento se fingen milagros (como sucede no pocas veces por varios motivos), hasta el magistrado secular debería proceder contra el autor del embuste, siendo de su fuero, con severas penas.

Digna juzgo de ser imitada y aplaudida la rectitud de un corregidor de la villa de Agreda, en caso semejante. Habia dejado la venerable madre María de Jesus un pequeño crucifijo, alhaja de su pobre celda, para memoria, al presbítero don Francisco Coronel, sobrino suyo. Una vieja, criada de este sacerdote, habiendo discurrido que podía resultarle alguna utilidad si hiciese espectable aquella imagen por milagrosa, esparció por el pueblo (haciéndoselo tambien creer á su propio amo) que á tiempos sudaba sangre. De hecho, habiendo corrido muchos diferentes veces á verla, reconocieron algo teñido de sangre el rostro; y aunque no de modo que pudiese ser sudada, ya por estar la imagen en sitio algo sombrío, ya porque en materia de milagros la piedad vulgar ve mucho más con la imaginacion que con los ojos, ya porque la notoria sobresaliente virtud del antecedente dueño de aquella alhaja ayudaba de su parte á conciliar el asenso, todo el pueblo consintió en que era verdad lo que la vieja habia esparcido. Fué notable la comocion de todos, nobles y plebeyos; hubo rogativas, procesiones, votos, limosnas. Sólo un escri-

bano, hombre advertido y sagaz, sospechó algun latente engaño en el que todos los demas juzgaban indubitable prodigio. Para averiguarlo halló modo de quedarse escondido de noche en la misma cuadra donde estaba el crucifijo, y allí vió cómo la vieja, despues de recogido el amo, iba al sitio, y sacándose sangre de las narices, teñia con ella, segun la porcion que le parecia, el rostro de la imagen. Sobre el cimientto de esta noticia se llegó á hacer jurídica informacion de el caso, y de cómo la vieja ya teñia, ya lavaba la imagen, como juzgaba á propósito; y el Corregidor, hombre de piedad sólida, hizo dar doscientos azotes á la vieja, que fueron tan bien merecidos como cuantos hasta ahora se dieron en las calles públicas. Refirióme este suceso el padre maestro fray Miguel Jimenez Barranco, de mi religion, natural del mismo lugar de Agreda, y que se hallaba en él á la sazón.

Otro caso muy semejante al pasado refiere el doctísimo maestro franciscano fray Pedro de Alba, de un hereje holandés, que simulándose católico, con tales apariencias fingió, que habiéndole disparado de noche una pistola, se habian quedado las balas hechas pasta en un escapulario del Cármen que traia al pecho, que se celebró con aplausos comunes el milagro. Pero excitándose despues no sé qué sospecha, y instando algunos celosos en que se hiciese averiguacion, llegó el caso de poner á aquel pérfido en la tortura, donde confesó que todo habia sido invencion suya, á fin de referir el suceso despues á los de su creencia, persuadiéndolos con este ejemplo, que todos los milagros que se celebran en la Iglesia católica son de este jaez, y moviéndolos á hacer irrision de nuestra credulidad. Fué castigado severamente, y de este modo sirvió para confusion de los herejes el mismo suceso, que, á no haber sido examinado, diera materia al rubor de los católicos.

Confieso que no puedo tolerar que á expensas de la piedad se haga capa al embuste. No tiene bien asentada la fe quien piensa que las verdades divinas necesitan del socorro de invenciones humanas. Cualquiera fábula portentosa que se derrame en el vulgo halla presto patronos, áun fuera de los vulgares, debajo del pretexto que se debe dejar al pueblo en su buena fe. Eso sólo debe tener cabimiento cuando no se puede aclarar la verdad, porque en caso de duda se debe amparar la posesion; mas siempre que se pueda descubrir, es justo perseguir la mentira en cualquiera parte que se halle, y mucho más cuando se acoge á sagrado, pues sólo entra en él para profanar el templo. No estoy bien con los críticos audaces puestos siempre sobre las armas contra monumentos ó tradiciones que han autorizado los siglos. Siempre me alistaré de parte de la multitud, cuando se funde sólo en falibles conjeturas la opinion de un particular; pero habiendo pruebas constantes contra el comun asenso, degenera de racional quien no se rinde, porque contra la verdad no hay prescripcion. No esperemos á que la enemiga de los herejes descubra lo que erró la falsa piedad de algunos católicos. Seamos nosotros los delatores de la impostura, ántes que nuestros contrarios nos den con ella en los ojos, haciendo guerra á nuestras verdades con nuestras ficciones. Por este camino hizo Erasmo, enemigo escondido, más ar-

tificio que Lutero, mucho daño á la Iglesia. Miétras este impugnaba las verdades de la fe, aquel descubria las fábulas de la historia. Dice el ilustrísimo Cano, que Erasmo refutó diligentísima y rectísimamente muchos prodigios fabulosos estampados en varios libros: *Hujus generis sunt alia multa, quæ et diligentissimè et rectissimè Erasmus refutavit*. Suscribo en cuanto á la diligencia, no en cuanto á la rectitud. Usó Erasmo de la crítica con exceso y en mala ocasion. En aquel tiempo y en aquellas regiones, donde se predicaban doctrinas nuevas, los que cavaban en la historia eclesiástica para descubrir fábulas, eran minadores ocultos contra los dogmas, porque la errada lógica del vulgo argüia de lo uno para lo otro (1).

§ V.

Muy diferente efecto hizo la inmensa aplicacion del piadosísimo César Baronio á purgar en sus anales de noticias apócrifas la Iglesia. Vió el mundo y ve ahora en la alta estimacion con que recibió la misma Iglesia aquella grande obra; que aunque entre nosotros se inventan y se admiten algunas fábulas, no es el espíritu de la Iglesia romana quien las fomenta, ántes quien las impugna, mirándolas como humores excrementicios de este místico cuerpo, á cuya expulsion aplica médicos sabios, ya en uno, ya en otro siglo. Veese esto más claro en el rigor con que se examinan los milagros cuando se trata de la canonizacion de algun santo. El padre Dobanton, en la *Vida de san Francisco de Regis*, que imprimió en Paris el año de 1716, dice, que de cerca de cien milagros que fueron propuestos á la sagrada Congregacion para la canonizacion de un santo del último siglo, sólo fué aprobado uno, y la canonizacion se suspendió hasta que Dios fué servido de obrar otros por su intercesion.

Fueron muchos los historiadores eclesiásticos que no sólo trasladaron sin discrecion y exámen cuanto hallaron escrito, mas tambien ingirieron frecuentemente en sus libros rumores vulgares, cuentos de viejas y delirios de ancianos. No me atreviera yo á decirlo, si no lo hubiera dicho ántes el mismo sapientísimo cardenal que acabo de nombrar: *Quod si posteriores rerum Ecclesiasticarum historicos consulas, magnam profectò eorum esse clasem intelliges, qui absque delectu quæcumque, vel ab aliis scripta ad manus eorum venerint, vel levi auditu perceperint, conscripserunt, et absque alia altiori veritatis indagine sæpè aniles fabulas, senum deliramenta, vulgi rumores, non sine magna cæterarum rerum solida firmitate subsistentium præjudicio intexerunt* (2).

El daño que esta ligereza de los escritores trae, es

(1) Donde decimos que la *mentira que se acoge á sagrado, sólo entra en él para profanar el templo*, entienda el lector lo que significa esto, expuesto llana y sencillamente; y es, que fingir milagros, ó milagro alguno, es pecado mortal de aquella especie de supersticion que consiste en dar á Dios un culto indebido ó desordenado. Esta es doctrina constante de los teólogos, aunque excusan á los más de pecado grave, en consideracion de su ignorancia ó simpleza. Pero, ¡oh cuántos, preciados de discretos y áun de doctos, caen en este gravísimo absurdo!

(2) Tomo 1, in *Præfat.*

el que el mismo Baronio apunta el perjuicio que hace á la verdad la ficcion: *Non sine magna cæterarum rerum solida firmitate subsistentium præjudicio*, porque la multitud de narraciones fabulosas frecuentemente hace desconfiar de las verdaderas. Es un daño éste terrible para la Iglesia, exclama el ilustrísimo Cano: *Ecclesia igitur Christi hi vehementer incommodant, qui res Divorum præclarè gestas non se putant egregiè exposituos, nisi eas fictis et revelationibus et miraculis adornarint* (3).

No dudo de la piadosa intencion de muchos de estos escritores querrian fortificar á los fieles en la creencia de las verdades católicas, encenderlos al culto y devocion de los santos, excitarlos á afectos de gratitud á las piedades divinas; pero debieran escuchar aquella vehemente reprehension de Job, que con ellos habla, ó por lo ménos con los primeros autores de esas ficciones piadosas, que despues se estampan en los libros ó se predicán en los pulpitos: *Nunquid Deus indiget vestro mendacio, ut pro illo loquamini dolos? Superabundantemente ministra motivos la verdad para hacer cuanto conviene al servicio de Dios y á nuestra salud, sin que la ayude la ficcion: Sine mendacio consummabitur Verbum legis. (Eclesiast., 34.)*

§ VI.

El carácter de la religion verdadera es estar confirmada con milagros verdaderos, y Dios ha obrado tantos á este fin, cuantos bastan á convencer la más obstinada incredulidad. Los milagros falsos son indiferentes á todas religiones, ó por mejor decir, son más propios de las falsas; y así, se debieran prohibir como especie de contrabando entre los católicos. Los antiguos idólatras abundaron mucho de ficciones prodigiosas. Basta ver á Tito Livio, escritor sin duda admirable, discreto, veraz y crítico en el grado más eminente, pero crédulo, en materia de prodigios, á los rumores vulgares, que halló depositados en la memoria de los hombres; y así, juntó tantos en su historia, que casi pueden disputar el número á los sucesos verdaderos. Sólo en aquel punto de tiempo en que Annibal por la cumbre del Apennino llevaba aquel nublado de huestes, que habia de llover sangre en las campañas, fingió el vapor ó vanidad de los romanos tan pródigo el cielo en portentos, como si toda la naturaleza debiese conmoverse á gemir la afliccion de Roma. En un lugar de Italia se decía, que los escudos de los soldados habian sudado sangre; en otro, que encendiéndose espontáneamente las armas, se habian reducido á cenizas; en otro, que habian aparecido dos lunas; en otro, que habian caido del cielo piedras encendidas; en otro, que habian manado sangre las fuentes; en otro, que se habia visto hender el cielo, asomándose una terrible llama por la cisura; en otro, que se habia observado batallando la luna con el sol; en otro, que habia sudado la estatua de Marte; en otro, que algunos brutos habian mudado recíprocamente de sexo. Y tuvieron los autores de estos cuentos audacia para ratificarse dentro de la curia romana; con que

(3) Libro xi, *De locis theol.*, capítulo vi.

autorizados con el exámen de los padres conscriptos, pasaron sin tropiezo á las plumas de los historiadores. Si todos estos prodigios hubiesen sido verdaderos, sin razon inferiria el Areopagita aquella gran consecuencia del eclipse universal, que acaeció en el tiempo de nuestra redencion, debiendo saber, que mayores demostraciones de dolor habia hecho el cielo en otro caso, y no por tanto motivo. Y es muy de notar, que la expedicion de Annibal mucho más funesta fué para Cartago que para Roma: á Roma ocasionó un transitorio alago, y á Cartago su total ruina. Con todo eso, habiendo amenazado el cielo con tantos prodigios á Roma, ni uno sólo hubo que predijese la ruina de Cartago. Donde se ve que toda aquella cáfila de milagros fué un agregado de embustes (1).

Ciceron se burla en esta materia de la credulidad de los romanos, sin perdonar áun á la gravedad de los senadores. Así dice (2): *Sanguinem pluisse, Senatui nuntiatum est: Atratum fluvium fluxisse sanguine: Decurum sudasse simulachra. Num censes his nuntiis Thalem, aut Anaxagoram, aut quemcumque Phisicum crediturum fuisse?*

Algunos escritores romanos atribuyen al emperador Vespasiano tres curas milagrosas. La primera, como lo refiere Suetonio, pasó de este modo: habiendo entrado el Emperador (que á la sazón se hallaba en Alejandria) en el templo de Serapis, un tal Basilides, que habia mucho tiempo estaba baldado de sus miembros, pareció de repente delante de él bueno y sano, y lo que más es, sin que nadie le hubiese visto entrar por la puerta del templo. Aunque podia quedar en duda si este prodigio se le debía atribuir al Emperador, los otros dos la quitaron. Estando sentado en el sόlo, llegaron á él un ciego y un cojo, diciéndole, que la deidad de Serapis los enviaba á él para que los curase, al primero mojándole los ojos con su saliva, y al segundo tocándole con el pié el muslo encogido: hizo el Emperador uno y otro, y entrambos quedaron sanos.

Toda esta historia juzgo fabulosa; porque aunque absolutamente no supera la facultad natural del demo-

(1) Teodoro Beza, usando de su teología calvinista, deca que era lícito defender la fe con artificios, mentiras y engaños: *Licitum esse facis fraudibusque ac mendacis fidem tueri*. Doctrina propia de un hereje, pero que verifica con el hecho lo que decimos en este número: que los milagros falsos, aunque indiferentes á todas las religiones, son más propios de las falsas que de la verdadera. Lo que llamaba fe Beza, no era fe, sino el complejo de errores de su maldita secta. Dejemos, pues, á los herejes que los defiendan ó confirman con embustes, guardándonos nosotros de defender la verdad sino con la verdad. Tenemos certeza indisputable de muchos milagros verdaderos, que aseguran la infalibilidad de nuestra santa fe católica. ¿Para qué acudir á patrañas ó milagros dudosos? El milagro de la sangre del glorioso mártir san Januario basta para convencer á todo racional. Podria dar noticia de algunos otros; pero me contentaré con darla de uno, casi continuado, que hoy existe, ó por lo ménos poco há existia. Un monje benedictino del gran monasterio de San Dionisio de Paris pasa todos los años todo el Adviento y Cuaresma sin más alimento que el que celebrando el santo sacrificio de la misa percibe de las especies sacramentales. Refieren este prodigio los autores de las *Memorias de Trevoux*, el año de 1726, tomo II, artículo 45, como sabido de todo Paris. Las circunstancias del tiempo y de la especie de alimento no dan lugar á atribuirlo á causa natural. *Mirabilis Deus in Sanctis suis!*

(2) Libro II, De Divinat.

nio, ó ya el obrar semejantes curas en realidad, ó fingirlas por vía de ilusion, y podia ser movida su malignidad por el fin de autorizar la idolatría, es increíble, si no imposible, que en aquellas circunstancias Dios le diese esa licencia. Estaba en su nacimiento el cristianismo cuando empezó á reinar Vespasiano. ¿Cómo es creíble que la mano omnipotente, que iba entonces derribando ídolos á fuerza de milagros, permitiese al demonio sustentarlos con prodigios, que aunque fingidos en los ojos y rudeza de los gentiles, eran indistinguibles de los verdaderos? Con la venida del Redentor, segun afirman muchos autores, cesaron los oráculos de la gentilidad, porque quiso la piedad divina quitar ese estorbo á la verdad católica. ¿Cómo es posible que cuando cerró al demonio la boca, le dejase tan libre la mano; siendo cierto, que más estorbaban patentes prodigios que confusas voces? La discordia de los autores en algunas circunstancias califica el juicio que llevo hecho. A Basilides le llama Suetonio libertino; Tácito dice, que era uno de los principales personajes entre los egipcios. Del otro impedido, Suetonio dice, que era cojo; Tácito, que era manco. Y no me embaraza lo que añade este autor, que en su tiempo habia testigos de vista que deponian de estos prodigios, cuando ya muerto Vespasiano, no tenia premio la lisonja. Para mentir prodigios no es menester ese cebo; basta el interes de hacerse escuchar con admiracion en un corrillo. Los soldados de Junio Bruto, llamado *El Gallego*, porque conquistó á Galicia, no tuvieron otra ganancia en decir en Roma, que del cabo de Finisterre habian visto al sol sumergirse levantando terrible humareda en el agua del Océano. Fuera de que, el haberlo dicho viviendo Vespasiano, era suficiente motivo para confirmarlo despues, siendo la inconsecuencia en las materias descredito de los autores.

Acaso no es más verdad lo que refieren Plinio y Plutarco de Pirro, rey de Albania, que curaba á los achacosos del bazo, tocando sobre la parte afecta con el pulgar del pié derecho; pues aunque alguno podrá discurrir que cabe dentro de la esfera de la naturaleza tan prodigiosa virtud, lo que añaden los dos autores referidos, de que cuando se quemó el cadáver quedó intacto en medio de las llamas aquel dedo, la traslada de natural á divina, y de hecho Plutarco dice, que por tal era tenida: *Ilius pedis fertur fuisse pollex divina virtute præditus*.

§ VII.

La secta mahometana, más fértil áun que la misma idolatría en ridiculas ficciones, está llena de infinitos milagros, tan fabulosos como extravagantes. Es cosa prodigiosa, que confesando Mahoma en varias partes del Alcoran, especialmente en la sura sexta y en la terciadécima, que Dios le negó siempre la potestad de hacer milagros, sus sectarios se los atribuyen á millares, pues algunos de sus moslemos ó doctores dicen que llegó á hacer tres mil. Los más que cuentan son ridiculos, como quejas de algunos camellos que se iban á lamentar á Mahoma del mal tratamiento que sus dueños les hacian, saluciones en voz humana de troncos, piedras y montes; en que el mosleme Ahmed, que es-

cribió un largo catálogo de los milagros de su profeta, mintió tan desafortadamente, que dijo, que en una jornada que hizo Mahoma saliendo de Meca, no encontró monte ni piedra en todo el camino, que no le saludase con estas voces: «Salve, oh profeta de Dios.»

De sus dervises ó santones, dicen los mahometanos tantas cosas prodigiosas, testificadas en parte por algunos de nuestros autores, que entre asentar á que todo es embuste, ó creer que el demonio en aquel Egipto tiene larga licencia para contrahacer, por medio de sus magos, los milagros de la vara de Moisés, quiero decir, imitar con ilusiones los verdaderos prodigios que hacen los santos de la Iglesia de Dios, lo primero es mucho más fácil que lo segundo; porque parece que no cabe en la abundancia de la piedad divina permitir que el demonio tan á rienda suelta engañe y conserve en su obstinacion á aquella desdichada gente.

Entre nuestros autores el que mas derecho parece tiene á ser creído es un religioso dominicano, llamado Ricardo Septemcastrense, que estuvo muchos años cautivo entre los turcos, y escribió un libro intitulado *Turcica Spurcicia*, donde refiere innumerables prodigios de algunos de estos santones, como son violentas y dilatadas rotaciones del cuerpo, inimitables á todos los demas hombres, girando rápidamente y á compas por mucho tiempo, como si fuesen estatuas maquinamente movidas; ayunos austerísimos, de modo, que rarisíma vez comen ó beben, y los más perfectos llegan á pasar sin sustento alguno: *Aliqui autem* (dice el referido autor, capítulo XIV) *et magis perfecti, sine omni cibo, et potu corporali vivunt; ser insensibles, no sólo á las injurias del aire, mas tambien al hierro y al fuego, cuya prueba ofrecen, dejándose abrasar y cortar la carne, sin más demostracion de sentimiento, que la que darian un leño ó un peñasco. Son palabras del autor: Si quis probare voluerit, facit sibi apponere ignem, vel incidere carnem cum gladio, que omnia tantum sentiunt, ac si lapidi ignem apponeres, vel lignum gladio incideres.*

Paso en silencio otras cosas mucho más admirables, que refiere de los dervises el mismo Ricardo; pero no callaré lo que dice de unas mujeres devotas que hay en Turquía, fecundas sin obra de varon. Los turcos juzgan que conciben por influjo sobrenatural, y que los hijos de estas, como milagrosas en sus nacimientos, lo son en todo el discurso de su vida. Por tanto, con ansia solicitan en Turquía sus reliquias, como singular medicamento contra todo género de enfermedades. Ludovico Maraccio (1) cita otro autor, que refiere el mismo prodigio, añadiendo que estas mujeres viven cerradas en lugar separado, donde no puede entrar jamas hombre alguno.

Pero no obstante que nada de lo dicho excede el poder del demonio, pues cosas más maravillosas hizo á veces, por medios de otros mágicos, que quanto se cuenta de los dervises, y la fecundidad de estas mujeres se podria atribuir al abominable comercio con los incubos, constantemente afirmo, que todo lo referido es falso. La razon para mí concluyente es, porque nunca Dios

(1) In Prodom. ad refutat. Alcor., parte II, capítulo XII.

permitió que el demonio usase de la facultad de simular milagros en confirmacion de doctrinas falsas, sino en el caso en que hubiese determinado su providencia confundir su malicia, descubriendo el engaño, como hizo con los hechiceros de Faraon y con Simon Magó. Los hombres, sin luz superior, no pueden distinguir los milagros verdaderos de los falsos, porque el demonio puede trapear con apariencias los informes de todos los sentidos. Nada más sobrenatural que la resurreccion de un muerto, y aunque no hacerla, puede contrahacerla el demonio, moviendo por sí mismo el cadáver con perfecta imitacion del viviente; de lo cual hay algunas historias, como la de la famosa arpista de Lila. Fueran, pues, inculpables en su creencia, asintiendo á una doctrina errada, que viesen confirmada con semejantes maravillas, pues sin delito, á fuer de su invencible ignorancia, las tendrian por milagros verdaderos.

Esto supuesto, concederé que el demonio haya obrado tales y mayores prodigios por medio de los mágicos de cualquiera religion, pero no por medio de aquellos que son venerados como santos entre los infieles. En estos el prodigio autoriza el culto; su estimada virtud prohíbe concebir al demonio autor de la accion; y así, es preciso atribuirle á especial valimiento con la Omnipotencia, el que es imposible en hombres que siguen religion errada.

Creo, pues, que casi todo lo que refiere Ricardo Septemcastrense es embuste de los mahometanos (gente extravagante en ficciones, si la hay en el mundo), creído ligeramente por aquel autor y por algunos otros cristianos de demasiado candor. De hecho Ludovico Maraccio dice, que el autor del libro *Turcica Spurcicia* era nimiamente sincero, y cita á Francisco Barton, inglés, práctico en las cosas de los turcos, contra la especie de las mujeres que conciben sin obra de varon. Fuera de que, por lo mismo que dice el autor dominicano podemos conjeturar lo que hay en la materia. Este caso, que no las supone perpétuamente en clausura, como el otro citado por Ludovico Maraccio; ántes advierte, que aunque muy pocas veces, van á la mezquita, y en ella están desde las nueve de la tarde hasta media noche, haciendo mil movimientos extraordinarios y dando terribles gritos; añade, que las que entre ellas paren, de semejantes noches suelen quedar en cinta. Estas circunstancias hacen creer que aquel tumulto y desorden de estas devotas es suscitado á fin de ocultar otro desorden mayor, que pasa á favor de la noche en la mezquita, donde sin duda concurren tambien disfrazados con hábito de mujer algunos devotos, ó sin ese disfraz los mismos ministros del templo.

§ VIII.

Los judíos, cuyo genio nacional es la más fecunda semilla de la supersticion, no son inferiores á los mahometanos en la suposicion de prodigios. Aun de aquel tiempo en que los lograban verdaderos, refieren innumerables fabulosos. Los libros de sus rabinos están llenos de maravillosas patrañas, donde, como en piedras escandalosas, tropiezan á cada paso los sagrados expo-